

GREGARIOS E IMPUNES (DE CÓMO DESEAMOS EL PETRÓLEO)

Miguel Ángel Campos
Universidad del Zulia

“*L*loré al votar, porque el cambio era inexorable”, dice el personaje de la novela de José Balza, *Un hombre de aceite* (2008). Ya este vínculo del llanto, nada pudoroso, con una escena civil, casi un *striptease*, nos previene del destino de esas emociones. Pero dos líneas antes este hombre nos ha mostrado de donde vienen las razones que lo llevan a un uso tan protocolar de las lágrimas: “La gran nacionalización me llenó de esperanzas. Iba yo hacia los treinta años y con los grandes recursos creí que se corregirían los errores.” Queda claro que la nacionalización no daba para llorar, bastaba con la expectación de un poco más de abundancia, con la sensación de propiedad de una riqueza que antes y después se seguía usando con discrecionalidad. El petróleo era ya de los venezolanos, más tarde —y como la redención no terminaba de llegar— se acordó que debía estar más cerca de nuestro corazón, moverlo de las oficinas y los pozos hacia la *Venezuela profunda*, su historia heroica, su indiada, su realenga marginalidad. Ya no era pues un asunto de economía, o de prospección, tampoco de geología, se trataba de la lucha contra el desencanto, aquella tensión presente desde los inicios, en la marcha de *drillers* y campesinos jipatos desbrozando la floresta —casi un puro sentimentalismo, pues.

El rictus engendrado entre paludismo y vaho de *menes*, que a veces se hacía llamarada, o entre la felicidad de los prostíbulos de La Rosa y la nueva angustia de tener que discernir entre el significado de la algarabía, la alborada de salarios y promesas de redención en medio del fin del fatalismo. El espacio entre la novedad y la disposición para encararla, el horizonte de elaboración y la sed; la diferencia entre la angustia creadora y la fatalidad inmovilizadora serían ya no un camino a andar sino un abismo sobre el cual construir. La forma como irrumpe el mítico “Barroso 2”, augura no solo el derroche y la gula, también

dispone para el colapso ante el cual queda recoger los restos de la bacanal y valorar los estropicios (cegado por el derrumbe de las paredes que no habían sido encementadas, pues el pozo, proyectado para 2.300 pies, empezó a fluir a los 1.500; también debemos suponer que el San Benito conjurador ya va empapado de ron y caña blanca.) Los sentidos dirigidos por la embriaguez y la tierra que tiembla, nada más. Conjuero y exorcismo han debido ser entonces no un acto de resonancias meteorológicas, alcohol y sangre taponando la herida de la tierra, sino civiles en un sentido de prevención y acaso de recogimiento, sermones laicos refundiendo una ciudadanía. El novelista tiene, pues, la franqueza de plantear el largo lamento en un tono forense, casi aritmético: cuánto nos han quitado, robado y derrochado, de esa medida será mi requisitoria de felicidad. El petróleo ya no es analgésico, trasmutado en afrodisíaco en él caben todas las vidas: el *oficce boy* que escala la alta gerencia, el que espera en la inmovilidad.

Nada de indagaciones en los intersticios, vistas desde el plano de una autointerrogación. Las responsabilidades colectivas quedan explicadas en el método mismo usado para encarar la anomalía: insistamos con el acuerdo, o la conspiración, son los malos gobiernos que no nos dejan vida, los enemigos de la patria. Balza pone debajo del título de su novela, y entre paréntesis, la palabra *fábula*, quizás intenta desterrar al reino de la moraleja un conflicto de media calle, casi policiaco; manera de obviar la ruidosa opinión o simplemente ironía, el realismo: por fiel, ramplón. Detrás de su fábula hay un repertorio de géneros, ellos han dejado su testimonio, aunque no abundante sí bien dispuesto, cronicario, periodístico, entusiasta a medias, dan cuenta de un suceso. La prevención sería el mejor legado para este *Un hombre de aceite*, y, habrá que decirlo, la actualización de una manera de vivir que de hostigada se hace hostigante. Cuando todos los programas han sido ejercitados, y en presencia de formas extremas, desesperantes, el descubrimiento del novelista apunta hacia la constatación de unos tipos que parecen haber estado siempre allí, pero que la solución final ha terminado de perfilar. Tras ochenta años de la publicación de *El señor Rasvel* (1932), la novela de Balza reivindica su genealogía, pero ya no para revisar un tema, sino para desempolvar un monstruoso arcón del cual emergen los fantasmas de una comunidad disgregada y artera. Acabados en su constitución civil, alimentados por el recelo y el gregarismo minador, entregados al saqueo de todo lo saqueable, afirmados en su oportunismo y convencidos de su suerte, reaparecen en la era del estremecimiento con su alma estragada y eficiente. Pero una escueta ontología de la traición se derrama a lo largo de la crónica, el amante enfermo relegado, la elección de la riqueza fraudulenta, todo justificado desde el éxito, y especialmente desde la felicidad: esta cuaja en un hedonismo de la gula, la optimización de la impunidad.

Pero alguien los ha educado, o ellos mismos han sido sus tutores, en todo caso son fruto de una prédica; hay que tener certidumbres para sacrificar a los amados, para disolver lazos con la tierra, olvidar un rostro salvador, traicionar al amante (como dice el mismo autor en otro lugar). Si en la novela de Toro

Ramírez el Estado parece ausente, son el propio *trade* y la Compañía el escenario donde evolucionan los caracteres de la sociedad ansiosa, vigilando su sueño de indiferencia y rapiña. Y si ese Estado se alza desde 1936 como un amparo necesario, decidido a responder por todo y todos, a construir piedra a piedra el edificio social, tras el interregno de la democracia desvitalizada —observada desde lejos por los beduinos—, encarna en una requisitoria donde el recelo dio paso al resentimiento y el ansia de justicia social se revistió de patriotismo y crimen, en la rotunda síntesis de los herederos del petróleo.

Es la epifanía de la sociedad opulenta, que ha dado con el último mecanismo de su salvación, magnifica la riqueza vaciada de todo proceso humano, ya no súbita sino predecible, mensurable, hecha a la medida de toda queja, excusa de procedimientos y fines. Prescinde de la comunidad del conocimiento y del Estado de Derecho porque el mundo se ha revelado como un simplísimo juego de repartir y consolar, maldecir y mentir, el esquema de lo público demagógico-clientelar-populista ha dado paso a la revelación y las frases de utilidad teológica y sentido cómico, grotesco. Tal vez sea el mismo personaje del llanto en la urna el que rinde la confidencia dolida, desencantado del caudillo. “Se ha rodeado de gente cruel, tan ambiciosa como la de los gobiernos anteriores o más. Ha comenzado a ignorar la inteligencia, las ciencias, las artes, las universidades. Confunde el rescate de los pobres (trabajo y educación, bienvivir) con su perversión”. Es una confesión desvalida, casi ingenua, pues viene de un elector despechado, él mismo se ha dado a la exaltación de aquello en lo que no ha puesto más que su ánimo dominguero de registro electoral. Es el entusiasmo por la política de salón y por los negocios menudos, el venezolano descubre con el petróleo no solo una riqueza fácil, elige acecharla.

Los azarosos tiempos de fundación parecen haber quedado atrás, ahora se asume como un potentado que sale en harapos a reconocer su heredad, fervor callejero y cháchara ya sin *chácharos*. Elecciones municipales, huelgas y sindicatos, asepsia de pantanos y tumulto de ciudades, hablan de un mundo como donación y menos como conquista de unas fuerzas organizadas; las referencias de la alborada independentista son demasiado remotas como para ir a buscar en ellas alguna memoria argumental. Resulta una edad congelada y ajena para las nuevas tareas civiles, el mismo cabildo, escena forense de aquella gesta, desaparece sin traumas en el curso de poco más de cien años de personalismo y paludismo. El Cabildo, la vigorosa institución la vida municipal que había agitado el nacimiento de la Emancipación, el día siguiente al 19 de abril parece no existir. Los 22 números de “El publicista de Venezuela”, el primer órgano periodístico de nuestra gestión republicana flotan sin eco, son solo *Supremo Congreso de Venezuela* y *Diputados provinciales*, la naciente república aniquila lo orgánico y entroniza lo que aún no existe.

Tanto la historiografía marxista como liberal —por distintas razones— han hecho suya una proposición falsa: la de la *modernización* venezolana de los años cuarenta como un hecho de masas. Es, sí, un acto de fuerza institucional, del

Estado avisado, urgido de una puesta al día para entenderse con el petróleo, su inédita dinámica en tiempos de una economía de lo laboral profesional. Porque *modernidad* no hubo, hasta hoy. (El Estado alcanzó una madurez funcional durante el gomecismo —sin la cual el, por algunos denostado, “Programa de Febrero” habría carecido de canales—; tuvo observadores atentos en quienes serán luego piezas claves en su conducción, los intelectuales ductores del período 1936-48.)

Me pregunto que llevan los venezolanos a esas elecciones municipales de junio de 1937, que no sea olores de bahareque y emociones de servidumbre. No pesaba tanto el escuálido número de electores, casi censatarios, como el sentido de aquella voluntad. Se disponía a entrar en el desconocido camino de la ciudadanía como un indigente, pero alentado por una peligrosa expectativa: el petróleo redentor y la política de elecciones, confundiendo aquel con riqueza y esta con democracia, o peor aun con desarrollo civil. En los años por venir mostrará que esa ciudadanía le incomoda, que la civilidad para él es un asunto de taquillas y colas. Hasta hoy ha reivindicado una nacionalidad de cédula de identidad y registro electoral, y asimismo para él el fermento social encaja muy bien entre los negocitos y el reclamo de cloacas y electricidad, en aquellos funda la prosperidad, en estos la sensación de sujeto urbano.

En los primeros meses de 1923 Maracaibo fue tomada por la más violenta inmigración jamás conocida, la noticia del “Barroso 2” supuso la llegada de un volumen de personas que colapsó los servicios y la economía. La crónica exhumada por Miguel Tinker en su libro *The enduring legacy*, dice que “un pollo grande, de dos bolívares pasó a costar diez”, un taxista al que unos británicos contratan por diez bolívares, al terminar el *tour* pretende cobrarles cuarenta y cinco. Pero el impacto devastador fue para los residentes, los productos de la dieta diaria desaparecieron, pues los suministros habituales ahora iban a los improvisados hoteles, a unos consumidores que triplicaban su precio. Las familias se vieron obligadas a salir de la ciudad, como refugiados rurales se dedicaban a recolectar frutos silvestres y a pasar largas temporadas en pequeñas granjas de familiares y conocidos. La especulación y la codicia sentaban sus reales en el inflado sector terciario; aquellos que desde los techos de la calle El Comercio habían observado la aguja del chorro de La Rosa, ahora languidecían expulsados del plano histórico de la ciudad afanosa. Los alemanes, que hicieron el esplendor del *trade* desde la segunda mitad del siglo XIX, sucumbieron a la vorágine del petróleo, sin entender nunca aquella novedad, dieron paso a los oportunistas que vinieron a representar el nuevo estamento de negociantes y buhoneros, continuadores a fin de cuentas de una tradición arraigada en la sociedad zuliana.

La metódica documentación de Tinker Salas nos muestra otras aristas de esta voracidad donde ningún origen distinguía a comensales y contratantes. Detrás de la historia de las compañías usurpadoras de tierras se esconde la euforia de los primeros días que llevaba a los habitantes de Cabimas a transarse con los gerentes y caporales a cambio de un puñado de dólares, permitían sin mayor

protocolo que las líneas de crudo y electricidad fueran tendidas en patios y vecindarios, la oleada de accidentes encendía la alarma. Suelen preguntarme por qué en el área urbana de la ciudad de Maracaibo no hay pozos, respondo que ya no, pero sí los hubo. Tenemos un sector residencial, a unos diez minutos del casco histórico, llamado “Tierra negra”, adivinen el origen del nombre. Al parecer a nadie importó que, en pleno aluvión, en el antiguo alguacilazgo establecido por Alfinger en 1529—dos veces repoblado, ya una ciudad santificada a finales del siglo XIX— hacia 1930 se entregara concesiones de exploración. Hoy, en Cabimas, a un costado del rectorado de la universidad Rafael María Baralt, una distancia de unos quince metros, en plena actividad hay un pozo tal vez cincuentenario, me pregunto si sus rectores no debieran exigir más bien la asignación de este pozo y ahorrarse así tanto regateo a la hora del presupuesto. Es cierto que la Ley de Hidrocarburos de 1943, obra de unos venezolanos que han leído a Lisandro Alvarado, establece el cercado de los pozos, para evitar accidentes con el ganado, también obligaba a las Compañías a excavar canales para recoger el rebose y resguardar la tierra de derrames. Ya en los días tardíos de la nacionalización los finqueros de la Costa Oriental presentaban a alguna gerencia de PDVSA cabezas de vacas blanqueadas por el sol, reclamando indemnización. El negocito había evolucionado hacia lo forense, pues eran reses que ningún taladro habían olido y que ellos mismos con seguridad se habían comido; en los días del paro petrolero de 2002, asimismo, los pescadores llevaban toneladas de restos de redes empapadas de betún clamando justicia, la pesca había crecido en la cultura del petróleo.

El llanto de los injuriados avanza desde la exigencia de una panela de hielo para enfriar el agua y se hace socarrón en los días de la modernización, plantan un modo de vida por acumulación, la socialización es tan solo el encuentro de los montunos que ya saben hacer cuentas. Muy bien representados en las tres novelas filocriollistas de Guillermo Meneses, como ningún otro documento muestran la Venezuela animosa, casi novelera, y que sin embargo atesora celosa sus improvisadas aspiraciones. Veo por enésima vez esa inquietante fotografía del Comisariato de las nueve de la mañana: todos expectantes, sonrientes, mostrando su reloj pulsera uno, otro (el cepilladero) se ha recogido con delicadeza el ruedo del blanco lino para alejarlo del roce con el fango. De dónde vienen, qué los hace tan seguros del futuro; sin tradiciones civiles, carentes de epopeya industrial, se me antojan casi desvergonzados en su real desamparo. Nada los autoriza para ser optimistas, y sin embargo sonríen al sol sin empacho, descansan en la calma de quien ha resguardado a su generación.

Las primeras imágenes del tráfigo petrolero confirman lo que una sociología doliente negó: la estructura gamonal de la vida rural, fundada en relaciones de servidumbre, favoreció el establecimiento de estilos laborales de naturaleza patrimonial. El denunciado despotismo, la segregación presente desde el comienzo y registrados por la narrativa, conseguía en la tradición de sometimiento y subordinación un escenario fértil para la implantación de reglas

y hábitos dictados desde la convicción de que hombres y tierra eran inferiores. Los documentos exhumados en la investigación fielmente descriptiva de Tinker Salas no dejan lugar a dudas, la competencia entre los distintos grupos étnicos era destructiva, sin contemplaciones (chinos, trinitarios, sirios, libaneses, mexicanos, hindúes), pero un represado sentimiento de pendencia parecía emerger entre los grupos de corianos y margariteños, por ejemplo, parecían detestarse antes de aspirar los vapores del petróleo. De entre los andinos se reclutaba una fuerza élite, sobresalientes en el oficio de guachimanes, de ellos dice Díaz Sánchez que eran “cazurros, brutales, crueles”. Los cuentos de su *Caminos del amanecer*, resultan un acabado muestrario de la vida torva y envilecida de los asentamientos, pero cuando hace juicio, curiosamente, el autor atribuye la mala índole a los vapores del petróleo. Rubi Guerra, otro de los actualizadores de nuestras imágenes del petróleo, de alguna manera reescribe un cuento de *Caminos del amanecer*, “Nocturno de los tres ladrones”, en su texto (“Un caso perdido”, del libro *Un sueño comentado*) descubre lo que era imposible de ver para un narrador del momento: la voracidad del obrero que roba enseres de la Compañía no es una expedición solitaria, como parece decirnos Díaz Sánchez. Es la admisión del fracaso ante una nueva realidad donde ya no son útiles las pequeñas complicidades, y el proyecto de gestión supone la consistencia de la propia sociedad. Haber silenciado aquellos brotes de insolidaridad fue un error de los propagandistas del “gringo malo”, y tendrá consecuencias concluyentes a la hora de forjar la tesis del *petróleo perverso*. Ahora se me ocurre que los rostros sonrientes de la fotografía ya no son cándidos sino cínicos.

Sigo el rastro de una agónica pulsión que la narrativa del petróleo ha registrado con fidelidad, desde el pudibundo Uribe Piedrahita hasta el dionisiaco González León: la mujer del gringo deseada y poseída por el criollo. Debemos ver allí más que el desquite del desplazado o el mestizo viril saciando su encono en un acto de apropiación raigal; se trata del deseo de ser el otro, usurpar una identidad en un rapto que a su pesar no es una violación, sino una concesión. Insistente, circular, la escena se repite (*Mancha de aceite*, *Mene*, “Arco secreto”, “En el lago”), como si en ella estuvieran convocados los síntomas de una enfermedad, esa que lastima y no mata, la secreta venganza, el poder onanista que no se confronta, los miedos de lo público, de nuestra gran épica que es el petróleo.

Y sin embargo una escena final de ese asedio, de ese idilio psiquiátrico, que no parecía ya posible, nos aguardaba en un tiempo de conciliación y franqueza. En la novela de Norberto olivar, *La conserva negra* (2004), ejemplar por varias razones, hay una vuelta de tuerca extrema e invertida de aquel revolcón. Es la fiesta de despedida de la Compañía, los altos gerentes gringos y criollos departen, la mujer de uno de estos está dispuesta a encarecer ante los que se van las virtudes de su marido, y sea así recomendado para un alto cargo en la naciente PDVSA. En la mansión reluciente que por última vez acoge un conclave de la poderosa transnacional, el whisky y las maneras urbanas alcanzan su máximo sentido. La señora regresa apresurada del tocador tras hacerse una ducha vaginal, se

reúne con el grupo para celebrar la fastuosa noticia: la alta gerencia ha acordado recomendar a su marido para el cargo de embajador de Venezuela en la OPEP.

El pobre hombre apenas se lo cree, pero ha ocurrido un desenlace admirable. En los últimos minutos del año 1975, la señora Laura, esposa del gerente criollo, ha cerrado un fabuloso contrato con mister Wells, tras lo cual ella simplemente le ha dicho “guíeme”, y se alejan hasta perderse en un laberinto de salas sanitarias y oficinas. Debemos suponer que Wells la penetra de pie, la señora previamente se ha atosigado de champaña hasta enrojecer para amortiguar la ausencia de lubricación, pero esto también le permite mostrarse pudorosa y emocionada cuando ya en el grupo se difunde la noticia. Así, pues, en el minuto final, antes de la nacionalización, en un acto público, casi en un tribunal, aparece la explicación y el definitivo sentido de aquel tormento del macho acechador. El idilio es ahora un ascenso perpendicular, sin exploración previa, de ubicación premeditada o predicha, una perforación áspera, un barreno en el cretáceo. No es la venganza del secreto agravio, es tan solo un recordatorio de cómo los deseos pueden ser solo apetitos, de cómo el resentimiento se engendra en el desprecio por la épica pública, de allí las falsas redenciones.

Es la reversión, la recuperación de su alma del obrero ofendido, de la señora que no alcanzó a tener nevera nueva, de la niña sin fiesta de quince años, la lista podría ser larga. En todo caso solo agotaría un catálogo, querría antes insistir en cómo el alma estragada se ahíta sin desgarrarse, entregada a sus apetitos pasa sin trauma de la salacidad a la viscosidad, de la respiración honda a la trituration de lo que digiere mal, de la solicitud al cálculo. De dónde salieron esos campesinos oscuros, sus empresarios felones, estudiantes codiciosos, los parlamentarios chistosos, esa larga fila de acaparadores, tanto médico venal, la nómina de asesinos mostrando su certificado, el vecino que esconde la infamia y masculla el saludo, esos policías en concilio para delinquir, la quintaesencia de todo lo asocial: los choferes de carritos por puesto de Maracaibo, el canalla que pone su basura en el frente de tu casa, el señalado de la ruta seis que no se detiene cuando ve ciegos, el rector dando la Orden al mérito al obrero que estafó la caja de ahorros, el cura que desbarra y finge saber latín, el Fiscal XXV echando al fondo del cajón el único libelo de discapacidad. De dónde salieron, no lo sé, y ya no deseo saberlo.

OBRAS CITADAS

Anónimo. *Los antecesores (Orígenes y consolidación de una empresa petrolera)*. Traducción del manuscrito en inglés Iraida Rodríguez. Caracas: Ediciones Lagovén, 1989.

Balza, José. *Un hombre de aceite*. Caracas: Bid & Co., 2008.

Díaz Sánchez, Ramón. *Caminos del amanecer*. Caracas: Editorial Las Novedades, 1941.

Guerra, Rubí. *Un sueño comentado*. Caracas: Norma, 2004.

Gabaldón Márquez, Joaquín (estudio introductorio). *El publicista de Venezuela*. Caracas, 1959.

Olivar, Norberto José. *La conserva negra*. Maracaibo: Rojo y negro, 2004.

Pittier, Henri. “Exploraciones botánicas y otras en la cuenca de Maracaibo”. *Trabajos escogidos*. Caracas: Ministerio de Agricultura y Cría, 1948.

Tinker Salas, Miguel. *The enduring legacy*. Durham and London: Duke University Press, 2009

Toro Ramírez, Miguel. *El Señor Rasvel*. Caracas: s/e., 1934.